



RELACION

DE LOS DESAFIOS, HAZAÑAS Y VALENTIAS DEL MAS JÁQUE DE LOS HOMBRES,

FRANCISQUILLO EL SASTRE.

Salga el acero á brillar,
pues soy hijo del acero,
hijo soy de Pedro el Sastre,
y nieto soy de mi abuelo.
Francisquillo soy el Sastre,
el que á nadie tiene miedo,
el que hará que tiemble el mundo
con sus heroicos hechos.

Venid aquí, forradores
de palos con los pellejos;
pantómimistas de lúnes,
revolvedores de pueblos;
llegad los de la madera,
fanfarrones carpinteros;
aunque con vosotros vengan
esos prosas cedaceros:

tejedores, hiladores,
juntaros con los barberos,
y salid con este al campo
que tiene perdido el miedo;
labradores, hortelanos
y esforzados molineros,
hoy os desafia un Sastre
que tiene la sangre hirviendo.
Vengan jueces y abogados,
escribanos marrulleros,
que á un plumaso que os dé
os dejaré sin aliento:
venga Bernardo el del Carpio,
ese guerrero soberbio
con su espada y su rodela,
que no le teme este pecho:
venga el moro Brabonel,
ese jaqueton lancero:
que le quitaré el turbante
y le haré cristiano nuevo:
venga el mismo Fierabrás,
vengan Roldan y Oliveros,
y hasta Carlo-Magno venga
si perder quiere el pellejo:
vengan hoy todos los guapos,
lleguen aquí barateros,
venga el soberbio mas grande
capitan de bandoleros;
vengan los Ponces de Leon,
los Guzmanes y Carreros:
vengan cuantos hijos-dalgos
ponen los pies en el suelo:
venga aunque sea Luzbel
con todos sus compañeros;
que á estocadas les haré
que vuelvan á los infiernos;
y pues nadie venir quiere,
que todos me tienen miedo,
vereis hazañas de un sastre
que ahora contarlas quiero.
Apenas cumplí veinte años
salí un dia de paseo,
como me hallaba en Madrid,

hasta el puente de Toledo;
llegué á un juego de cané
que habia mucho dinero,
y pregunté quien cobraba,
los ochavos muy ligero,
un granadero salió
de aquellos de pelo en morro,
que por habano en su boca
podia llevar mi cuerpo,
le dije; ponte en defensa;
y me respondió: trastuelo,
saco al punto mis tijeras
y él el sable sacó luego,
pero le aprovechó poco,
que á los dos brincos primeros
el pescuezo le corté
como si fuera de cebo.
Sin pena ni sobresalto
fuí siguiendo mi paseo,
y llegué á Carabanchel
á beber el vino fresco,
catorce guardias civiles
incluso con su sargento,
llegaron aquí á prenderme,
y me dicen, date preso.
Por sima brinqué de todos,
y ellos disparan á un tiempo,
mas ninguno me tocó
que fué tener mal acierto.
Viendo tan buena ocasion,
tiro al punto de mi acero
y á todos los despaché
este quiero, este no quiero.
Libre de aquella maraña
pillo pies para Toledo,
donde á nadie conocia,
y me hallaba sin dinero:
en un café me metí
donde habia muchos nécios,
y á tratarme principiaron
como á perro forastero.
Yo con toda mi prudencia,
les dije, señores, quedos,

que soy Francisquillo el Sastre
el terror del Universo.
Se miran unos á otros
apenas aquesto oyeron,
de risa estan reventando
y yo de corage lleno.
Saco al punto mis tijeras,
á cortar retal comienzo,
de brazos, pechos y piernas,
sin olvidar los pescuezos;
treinta y ocho dejé allí
arrastrando por el suelo,
y yo me puse en la calle
mas fresco que el mes de Enero.
Me fui á una fonda, y allí
lo que pedí me sirvieron,
y con un abonaré
pagué todo por entero.
Marché para Andalucia,
y al pasar Despeñaperros
diez ladrones me asaltaron
pero yo siempre sereno.
Les pregunté que querian:
me respondieron dinero:
les dije no tengo un cuarto,
lo que yo tengo es acero:
y lo que desearia
el ser compañero vuestro,
para que sepais quien soy
y la destreza que tengo.
Me admitieron muy gustosos
y á una venta no muy lejos
fuimos todos á comer
y nos regaló el ventero;
allí pasamos la tarde,
y ya que el sol era puesto,
me dan una carabina
y cartuchos mas de ciento.
Como una legua anduvimos
cruzando montes y cerros,
hasta que á un sitio llegamos
que parece contadero,
toda la noche estuvimos

guardando el mayor silencio
por ver si alguno pasaba
para despojarlo luego.
Fue nuestra suerte contraria,
pues no vimos ni á un mochuelo,
que son aves de rapiña
como son mis compeñeros.
Siendo ya de dia claro
abandonamos el puesto,
y todos juntos marchamos
á un cortijo no muy lejos;
allí almorzamos en grande
sin costarnos el dinero,
y despues fuimos al monte
á darle tributo al sueño;
los diez á dormir se echaron
bien calientes de cerebro,
y yo siempre con mi afan
de alimentar á mi acero.
Apenas los ví dormidos
bufando como unos puercos,
saco mis finas tigeras
y principio á cortar cuellos.
A los diez dejé difuntos
y á registrarlos comienzo,
y entre todos solo hallé
cerca de ochocientos pesos.
Viéndome con esta suma,
sin detenerme un momento,
para Málaga marché
á donde llegué contento.
Paseándome una tarde
solo por tomar el fresco
conocí que se burlaban
de mí, cuatro pintureros,
me arrimé á ellos y les dije:
señores soy forastero,
Sastre soy de todas partes,
y así tener miramiento.
Apenas oyeron sastre;
¡mira que empeño! dijeron,
entre tres hacen un hombre
y aun estira su pescueso,

65
Apenas aquesto oi
meto mano en mi acero,
no hice mas que ras, ras,
y deje los cuatro muertos.
Como era el anochecer
y mis pies que son el viento
en un pestañear me puse
de la ciudad bien adentro.
Entré en una gran posada,
pedí cena y me sirvieron,
y en cama de tres colchones
pasé la noche en un sueño.
A otro dia de mañana
entré en casa de un prendero,
y compré todo un vestido
á estilo de Malagueño.
De Málaga pasé á Ceuta
á ver unos compañeros
que por sus buenos servicios
allí se hallaban de asiento;
estuve unas tres semanas
sin tener ningun tropiezo
y por no matar cristianos
mo pasé á los moros luego.
En Tanger una noche á quince
les agujeré el pellejo,
tanto que por cada herida
podia pasar un perro.
Desde Tanger pasé á Argel
y me estuve mes y medio
mandando todos los dias
cuarenta y cinco al infierno.
Me marché á Constantinopla
capital de siete imperios,
donde está aquel gran señor
rey de sesenta y tres reinos:
aquí seis meses estuve,
en los cuales habré muerto

pasados de veinte mil;
no hablo mas porque no quiero;
y nadie me contradiga
si conservar quiere el cuerpo,
que mis entrañas estan
peor que un rabioso perro;
que en sacando mis tijeras,
que son dos armas á un tiempo,
pincho, corto y entresaco
las entretelas del pecho;
¡cuántos en la sepultura
estan solo por el miedo
de verlas ensangrentadas
rebozadas de pellejos!
Esto os lo dice un sastre;
poquito pico y silencio,
que el que no lo quiero creen
se lo hará creer mi acero;
y así por ahí me vereis
en el año venidero
que entre los musulmanes
pienso de pasar contento;
y así nadie de los sastres
se chulée en este tiempo,
que tambien los sastres son
de hueso, carne y pellejo,
y os digo á mas y mas,
que tiene en sus adentros
corazon, higado y bazo,
y su cuajo muy repleto.
Aquí dan fin mis batallas,
mis arrojos y mis hechos,
comer, beber y dormir
es lo que desea el cuerpo;
que al que se muere lo entierran
como sucedio al tio Prieto,
que nadie se acuerda de él
ni yo tampoco me acuerdo.

FIN.

CARMONA:—1858.

Imprenta de D. José Maria Moreno. calle Juan de la Cabra núm. 4.